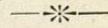


"ALMAS Y CÁRMENES"

“ALMAS Y CÁRMENES”

POR

JESÚS E. VALENZUELA.



ADURO ya, con los rebeldes rizados entretegidos de copos de nieve, con el viril rostro sonriente aún, pero con sonrisas otoñales; sereno como una serena tarde, melancólicamente ingenioso, como un viejo gentil-hombre que ha visto mucho. . . . que ha amado mucho, llega Jesús E. Valenzuela á buscarnos, á todos los que le queremos y admiramos, trayendo un libro en la diestra.

Es su primer libro, su único libro. Mucho tardó, mas viene bien nutrido: casi trescientas páginas de versos, la cosecha entera de una vida atormentada, sacudida por todas las tem-

pestades, desgajada por todos los rayos, ensordecida por todos los truenos, balanceada por todos los oleajes, ennegrecida por todas las tinieblas. . . . y arrullada por todas las brisas, unguida por todos los besos, mecida por todas las blanduras. . . .

Años de años, este sublime manirroto fué arrojando á los cuatro vientos del acaso tres cosas de que era especialmente pródigo: su oro, su ingenio y sus versos. El oro era de diez y ocho kilates; el ingenio y los versos de veinte. . . . Con estas tres maravillas hizo de su vida lo que todo hombre culto, en grado eminente, debe hacer de la suya: Una obra de arte.

Alumbró el matorral de su locura
con la lámpara de oro de Aladino. . . .

como bellamente dijo nuestro poeta Luis Urbina, y amó y fué amado como pocos.

Pero un día, aquel sembrador, al hundir la mano en el saco de oro que llevaba á la espalda, hallólo casi vacío. Entonces, con un gesto de gran señor, arrojó, no sé sobre qué mano extendida é imploradora, el último escudo, y siguió derrochando ingenio y versos.

Hacía esprit en todos los momentos; re-

solvía todas las situaciones con un chiste de buena ley; el ingenio corría inagotable de sus labios. . . . En Grecia hubiera sido digno de conversar con Pericles y de enamorar á Rodopis. Mas si su esprit reía, reía siempre. . . . sus versos. . . . no reían siempre. . . . sus versos no reían á menudo. . . . sus versos solían llorar.

La vida no había dado tiempo á este príncipe equivocado de raza y de clima, para ligar en un haz el montón de joyas que iba extrayendo de su enorme cofre lírico. Ha sido preciso que el Otoño, con la mansa austeridad de su voz, le diga: "ya es hora de la cosecha". . . . Ha sido preciso que las primeras nieves se enredaran en sus cabellos, trayéndole vagos presentimientos de inviernos próximos, para que el empedernido caballero consintiese en legitimar á su musa, á su vieja querida, á la única, aquí en confianza, que amó en serio; y el libro tanto tiempo esperado llegó al fin, vestido de gala, de nobilísima gala por el genio de Ruelas, quien (se ve desde luego en lo maravillosamente acabado de cada viñeta, de cada *cul de lamp*, de cada marginalia) puso en él todas sus complacencias.

Tengo este libro sobre mi mesa; lo he recorrido línea á línea con dilección extrema. Me he emborrachado con el vino generoso que hay en él, vino como para reyes, y he amargado asáz mis labios con sus hieles. He sonreído á veces con sus sonrisas elegantemente escépticas, y en toda sazón, en la dulzura, en el amargor y en la sonrisa, lo he hallado digno de su autor.

Es precioso y admirable, así en ese idilio grave y ardiente que glosa un vespertino "Angelus" rezado al par por las campanas y por una vida en flor de doncella amante que empieza á cumplir el divino rito de la vida, como en la melancolía altiva de "La Voz de Él;" así en la terrible tragedia de "Escena," en la cual Fausto se rejuvenece en su hijo para seguir bebiendo, como en la hábil instrumentación y el discreto simbolismo de "Barbara labor;" así en la galantería lírica de "Deseos," elogio perfecto del verso alejandrino, como en el colorido heráldico y arcaico de "El Beso;" así en la tenue y mansa "Blanca," toda entretegida de ensueño, como en el viril y noble azote de sus frases "A un poeta," como en el delicioso madrigal "Ave Impera-

trix," como en la canción digna del reinado de Luis Felipe, intitulada "Ninón."

No, no voy á disecar á esta ave del Paraíso. . . . Mirad, el sol compone madrigales de oro sobre su plumaje de iris. . . . Amadla, admiradla. . . . El libro se abre cordial y acogedor sobre vuestra mesa. . . .

Es una prestigiosa flor de otoño, aspiradla.

Es una música misteriosa: oidla.

Es una galera lírica: os llevará por mares sonoros á esa *Patria* lejana de donde viene el poeta.

AMADO NERVO.

Diciembre de 1904.